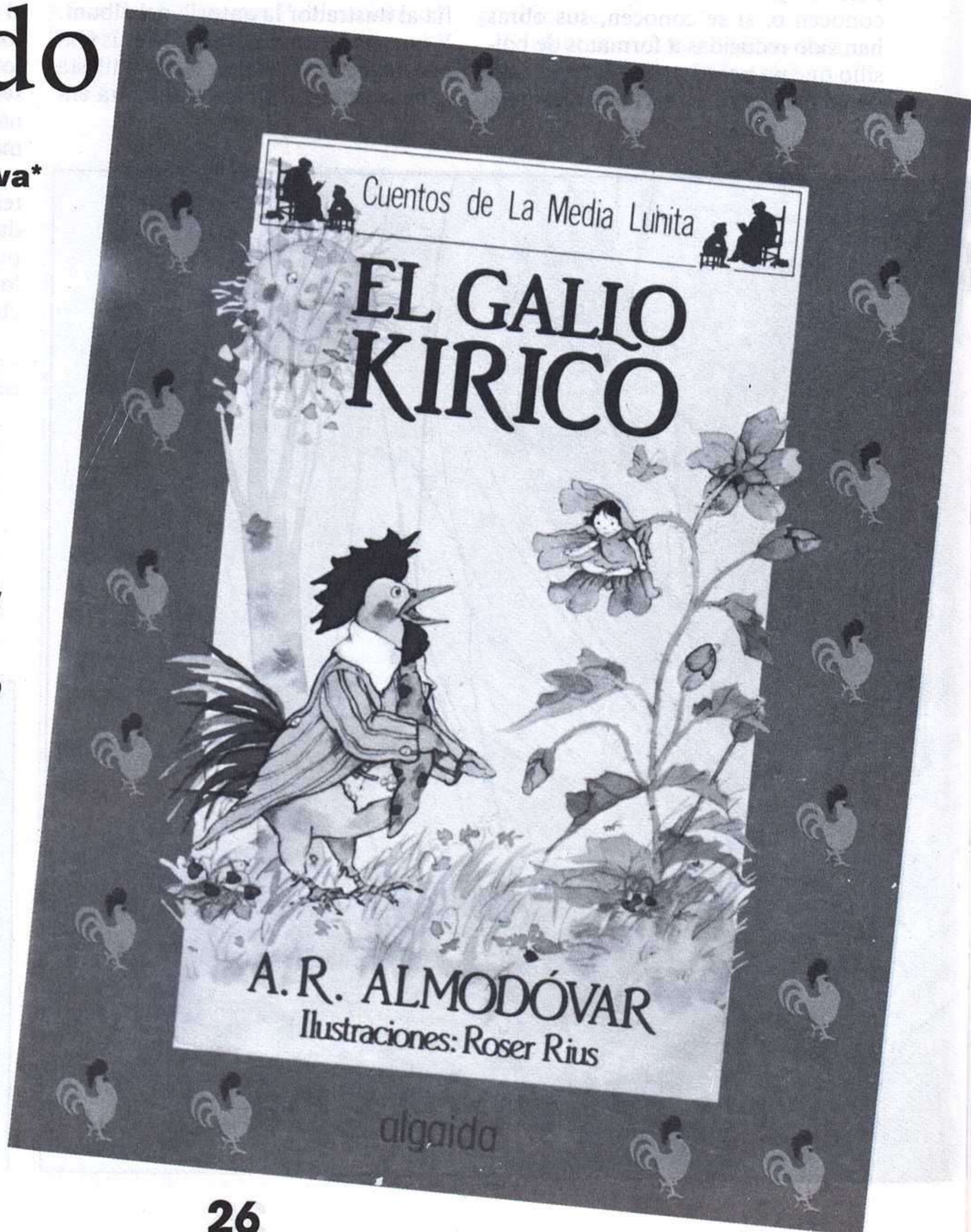


Contando, contando

por Roser Ros i Vilanova*

Desde su experiencia como narradora de cuentos, la autora expone en este artículo una apasionada defensa de la magia de la palabra y de la función del «cuentacuentos» como pieza imprescindible en la iniciación de los niños a la literatura o, lo que viene a ser lo mismo, a la vida.





A.R. ALMODÓVAR. LA NIÑA DEL ZURRÓN. ILUSTRACIONES: ROSER CAPDEVILA. ED. ALGAIDA. SEVILLA 1986.

Contar cuentos es una tarea sumamente agradable y altamente gratificante tanto para el que cuenta como para el que escucha. Pero el hecho de contar cuentos a niños que todavía no poseen la facultad de decodificar la lectura confiere al narrador un poder inmensamente maravilloso e iniciático.

Nadie sino el narrador puede hacer, a través de sus cuentos, que todo cuanto conoce el niño pueda moverse y actuar de formas distintas a las reales y en las que quizás nunca hubiera soñado de no haber sido invitado por la magia de la palabra.

Pero el narrador no podría ejercer ese poder maravilloso e iniciático del que hablábamos si sus cuentos no se hallasen poblados de personajes y lu-

gares que, de puro conocidos, pueden ser representados mentalmente por el niño con su simple evocación verbal. Partiendo de ahí entra en función la magia de la palabra. Pues nadie como ella es capaz de construir diálogos como los que nacen entre el cerdito y el lobo:

«—Ábreme, que soy tu madre y te traigo de comer.

—No te abro, que eres el pícaro lobo.»⁽¹⁾

Y sin embargo, el niño sabe que esos dos animales, que existen en la realidad, nunca han hablado ni hablarán. Pero el niño acepta gustoso el juego que le ofrece el cuento.

Nadie como la palabra es capaz de hacer salir de un zurrón semejante estribillo:

«En un zurrón voy metida,

en un zurrón moriré,

Por culpa de unos zapatos
que en la fuente me dejé.»⁽²⁾

Y sin embargo, el niño, que sabe que de los zurrones de verdad no salen estribillos, cree a pies juntillas lo que oye pues, ya sabe —lo ha ido descubriendo a través de tantos cuentos como ha oído— que estos no tienen ninguna obligación de decir la verdad ni nada más que la verdad. Que por algo, cuando se empieza a contar se tiene buena cuenta en decir «Había una vez...».

Nadie como la palabra es capaz de poner nombre a las gentes como «el gallo Kirico que quería ir a las bodas del tío Perico»⁽³⁾ o como «la bruja Curuja»⁽⁴⁾.

Porque los cuentos, que saben mucho de oralidad, conocen como nadie



A.R. ALMODÓVAR. LOS TRES CERDITOS. ILUSTRACIONES: TEO PUEBLA. ED. ALGAIDA. SEVILLA 1986.

el valor de la cacofonía en el aprendizaje de la lengua y se sirven de ésta sobre todo en las narraciones destinadas a las primeras edades. Y lejos de creer que «la letra con sangre entra» prefieren decir que la lengua con musicalidad entra. Y así el pequeño, que todavía siente cierto empacho en el uso de la lengua oral, juega a hacer sus propios juegos de palabras. Y no es por casualidad que ello se produzca casi siempre con los nombres de los personajes, pues para el niño el nombre propio de alguien es tan importante como lo es el DNI para cruzar las fronteras.

Y, finalmente, nadie como la palabra puede empezar un cuento diciendo «Érase que se era» ni terminarlo diciendo «Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado».

Creo que ni el más habilidoso piloto de avión sería capaz de ofrecer a sus tripulantes un despegue mejor ni un aterrizaje más suave que el que se consigue con las frases del principio y final del cuento.

Un breve viaje por los cuentos populares que más gustan a los niños demuestra que sus protagonistas suelen ser, en efecto, pequeños, aparentemente indefensos y frágiles (piénsese, por ejemplo en los siete cabritillos que viven bajo la protección de su madre, o en los tres cerditos a quienes el lobo no duda en atacar seguro de su superioridad...). Los lugares donde se ubican esos cuentos suelen ser los interiores de las casas —que significan la seguridad de lo conocido— y también sus exteriores inmediatos (el otro lado de la puerta, el camino, el bosque) que significan la inseguridad de lo desconocido y además, en el caso del otro lado de la puerta, la prueba de que el peligro que nos acecha está, ¡cuidado!, muy cerca. También las cosas que les suelen ocurrir a los protagonistas resultan ser pocas en número quizá porque las experiencias de los oyentes no son muy numerosas y por-

que su capacidad de retenerlas es algo reducida todavía...

Pero el hecho de que un cuento sea «reducido» no es, de ningún modo, sinónimo de «aburrido».

Veamos: si yo le cuento a un niño lo que les aconteció a los siete cabritillos del cuento, le estoy ofreciendo una retahíla de hechos que, si bien no le han ocurrido a él directamente, puede comprender perfectamente puesto que tiene suficiente capacidad para entender la angustiada situación que crea la presencia del lobo —léase peligro— y percibe el estado de ánimo con que recibirían los cabritillos la visita que se produjo a la mismísima puerta de su casa.

No creo que se pueda calificar en ningún momento de «aburrida» la situación que vive el niño que, al escuchar un cuento que le interesa vivamente, se va acercando al narrador y termina arrimado a su pierna o en su regazo buscando el cobijo que le proporciona su presencia física y el calor que necesita para su seguridad, pues

así soporta mejor la emoción que le embarga. Quizá lo que le ocurre al niño es que bajo el acto aparentemente pasivo de escuchar confronta constantemente lo que oye y, lo que podría haberle ocurrido a él. Quizás lo que se está produciendo es un verdadero acto de comunicación, durante el cual el niño ha captado tan intensamente el argumento que le está ofreciendo el adulto que necesita hacérselo saber con su contacto físico, pues todavía es demasiado pequeño para expresarlo con palabras.

Un tema digno de estudio sería profundizar por qué los niños actuales, que no han visto un lobo en su vida, son capaces de ver en él el máximo exponente del peligro desde el primer momento en que aparece, es decir profundizar en la capacidad de captación de los símbolos —el del lobo es el que me llama más la atención porque su presencia abunda en los cuentos populares para niños— a una edad en la que la capacidad de abstracción del niño es todavía mínima y escasean sus ocasiones de encuentro con los símbolos.

Claro está que alguien podría ob-

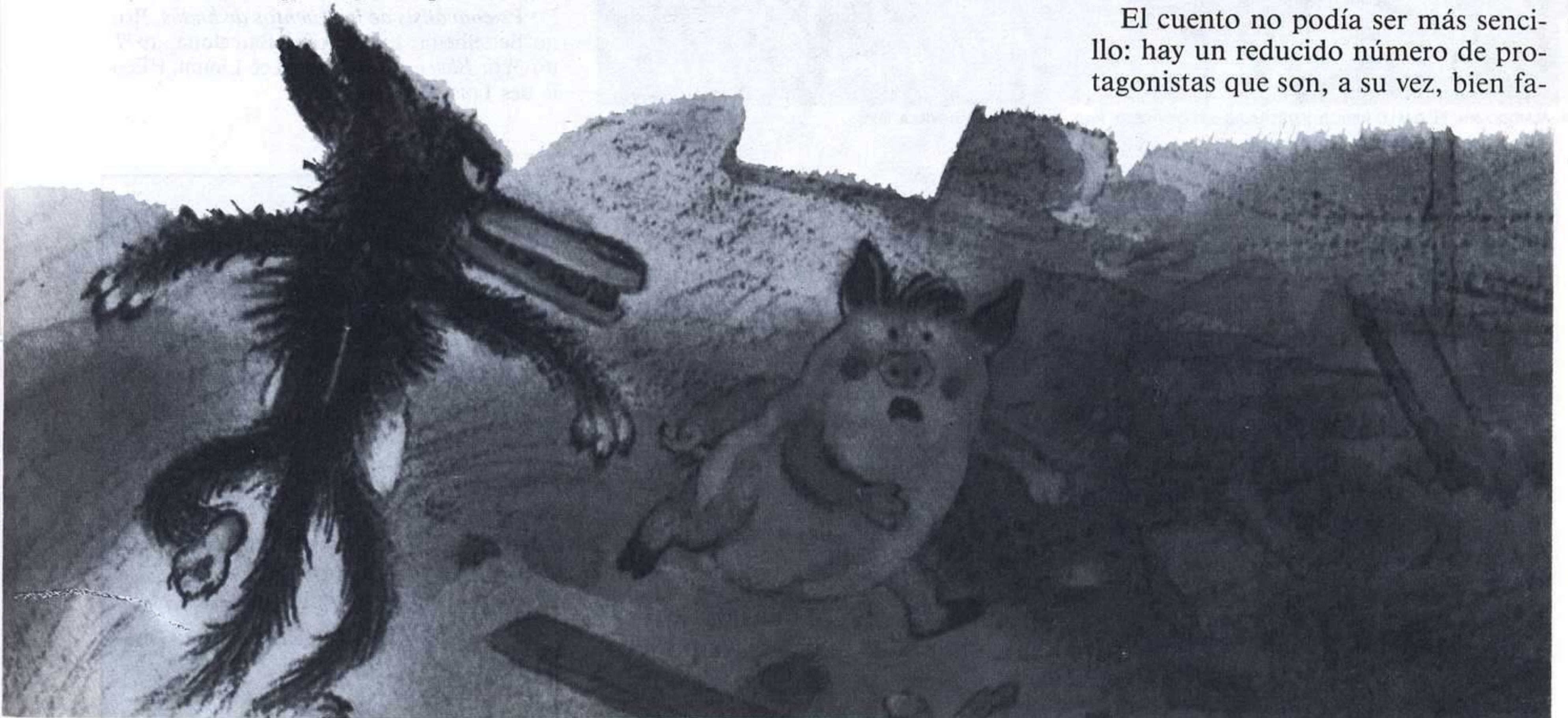
jetar qué necesidad hay de crearle al niño sentimientos de angustia con un lobo, recurso muy traído y llevado en los cuentos populares pero muy criticado por las nuevas tendencias. Sin embargo, esta objeción ha sido ya suficientemente rebatida por Bruno Bettelheim⁽⁵⁾ que ha justificado la necesidad de personajes como estos en los cuentos para niños basándose en toda suerte de argumentos psicoanalíticos.

Mi intención no es pues entrar en el debate alineándome a favor o en contra de esos cuentos. Más bien quisiera citar un cuento titulado *Petit-Bleu et Petit Jaune*⁽⁶⁾, como muestra de que la actual literatura para niños cuenta con algunos cuentos cuyos protagonistas son personajes en mayor consonancia con nuestros tiempos y a los que les ocurren hechos que se dirían calcados de los de antaño pero que no sacan a colación elementos «moralizantes», cosa que evita caer en aquellos errores.

Así pues, vamos con el cuento: «Azulito» y «Amarillito» —¡Vaya par de personajes tan abstractos! y, en cambio, tan «imaginables» por los pequeños oyentes— viven apaciblemente con sus familias, la Azul y la Amarilla como dos buenos protagonistas. Los dos son muy amigos, tan amigos que cuando Mamá Azul debe ausentarse de casa advirtiendo a Azulito que le aguarde dentro hasta su vuelta, el se olvida del consejo y dejándose llevar por lo que más le gusta, se va sin más a jugar con su amigo Amarillito. Llenos de contento, los dos protagonistas se abrazan mezclando los dos colores. El nuevo color verde nacido del estrecho abrazo que les unió impide que los reconozcan sus padres, que ya no les aceptan en casa. Azulito y Amarillito lloran amargamente su triste situación y sólo así consiguen volver a recuperar su color originario: ahora, mamá y papá no sólo los reconocen sino que abrazan al pequeño amigo de su hijito, y experimentan en su propia piel el cambio de color.

Como dirían algunos, verlo para creerlo.

El cuento no podía ser más sencillo: hay un reducido número de protagonistas que son, a su vez, bien fa-



A.R. ALMODÓVAR. LOS TRES CERDITOS. ILUSTRACIONES: TEO PUEBLA. ED. ALGAIDA. SEVILLA 1986.



A.R. ALMODÓVAR. EL GALLO KIRICO. ILUSTRACIONES DE ROSER RIUS. ED. ALGAIDA. SEVILLA 1985.

miliares y, sin embargo, los conflictos que sufren Azulito y Amarillito le producen al niño emociones y le evocan sensaciones porque tienen una relación estrecha con los pequeños oyentes.

También, mamá se ausenta de casa, como en el cuento de los siete cabrillitos. Pero aquí, a diferencia del cuento popular —como de tantos cuentos populares— no hay personaje «malo», no hay lobo, y nadie castiga a los transgresores de la norma. Es la propia lógica del acontecer la que conduce el argumento tal como nos cuenta el cuento.

Así pues hay que reconocer que ciertas creaciones de la literatura infantil contemporánea, obviamente de autor, han hecho aportaciones de interés al campo de las narraciones orales para los pequeños, pues han sabido crear cuentos basándose en las estructuras de aquellos otros que todos conocemos tanto, que incluso perdieron el nombre del autor de puro ser contados. Pero esos cuentos más modernos han sabido dejar de lado el cariz «moralizante» al que nos tiene tan acostumbrados la literatura popular.

Si el cuento popular fue pasando de boca en boca y como un canto roda-

do fue puliendo su forma, ciertos cuentos de la literatura para niños de hoy, han sido pensados por autores que seguramente han tenido la suerte de tomar como punto de partida de sus producciones el ritmo y el orden interno de los cuentos que nacieron de las fuentes orales.

Bienvenidos sean, pues, cuantos cuentos —de antaño o de ahora— nos permitan seguir contando a nuestros pequeños los acontecimientos de la vida de viva voz. Por lo que tienen de continuadores del poder maravilloso e iniciático que se desata cuando se pone en marcha la palabra. ■

* Roser Ros i Vilanova es escritora, licenciada en pedagogía i directora de la revista «Infancia».

Notas

- (1) *Los tres cochinitos*. A.R. Almodóvar. Colección «Cuentos de la media luna» Algaída Editores, Sevilla, 1985.
- (2) *La niña de zurrón*. A.R. Almodóvar. Col. citada.
- (3) *El gallo Kirico*. A.R. Almodóvar. Col. citada.
- (4) *Periquín y la bruja Curuja*. A.R. Almodóvar. Col. citada.
- (5) *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Bruno Bettelheim. Ed. Crítica, Barcelona, 1977.
- (6) *Petit-Bleu et Petit-Jaune*. Leo Lionni. L'École des Loisirs. París, 1982.

Bibliografía

- Duran, Marion. *Llibres abans de llegir*, Revista «In-fàn-cia», n° 20, año 1986, pág. 8 a 12.
- Escarpit, Denise. *De la imatge al text*. Revista «In-fàn-cia», n° 17, año 1984, pág. 6 a 12.
- Janer Manila, Gabriel. *La comunicació oral del text poètic*. Revista *Perspectiva Escolar*, año 1989, n° 131, pág. 21 a 24.
- Patte, Geneviève. *El temps d'un conte*. Revista «In-fàn-cia», n° 45, año 1989, pág. 24 a 31.